

Nunca aprendí a escribir

Un buen día, se me ocurrió la idea de que si supiera escribir, podría decir cosas distintas de las que pensaba y me puse a tratar de hacerlo con todo lo que se había fijado en mi memoria, letras, sílabas, palabras. Como hice en poco tiempo grandes progresos, porque nadie me llevaba de la mano, empecé a usar el lápiz para todo aquello que pasaba por mi cabeza, intercalando monigotes entre las letras o pececitos o barriletes sostenidos al final de las palabras por un gran hilo zigzagueante.

Evidentemente, si esos ejercicios hubieran caído bajo los ojos de alguien, de mis tías, les habría hecho encogerse de hombros, no habrían sabido leerme y eso no me provocaba decepción sino al contrario, orgullo. Poco a poco me fui persuadiendo de que la escritura no había sido inventada para aquello que pretendían los adultos, para lo que el habla es suficiente, sino para fijar, más que las ideas para otros, las cosas para uno mismo. Secretos. El día en que esta idea me vino a la mente, fue tal la impresión que me puse a intentar escribir a escondidas, en cualquier cosa: papel, paredes, con una pasión violenta. Me tiraban de las orejas, me daban cachetadas, no había caso. Y cuando me preguntaban: ¿Pero qué son estos garabatos con los que ensucias todo, los manteles, los cuartos recién pintados, el interior de los armarios? ¡Es un infierno! Yo seguía como si nada. *Jugaba a los secretos*, eso era lo que nadie podía saber. Y era un juego que me apasionaba, en primer lugar porque me obligaba a tener secretos. Después a darles forma, como si tuviera un corresponsal, un amigo, que fuera el único capaz de comprender mis garabatos. El único que pudiera responderme por el mismo medio. En fin, para este amigo me dediqué a progresar en el arte de trazar signos que mostraba a los espejos en los que otro yo mismo simulaba leerlos.

Un buen día, mi tío –a quien yo detestaba a causa de sus bigotes– me encontró un papel que yo había sombreado y exclamó: ¡Pero este niño escribe! ¿Cuándo aprendió a hacerlo?

Lo que escribía, cómo lo escribía, lo que se podía descifrar en todo eso, bueno, todo eso sin duda... En fin, cuando vuelvo a pensar en eso, solo recuerdo que había empezado a escribir para fijar los “secretos” que hubiera podido olvidar. Y más que para fijarlos, para suscitarlos, para provocar secretos que debieran escribirse. Por supuesto yo no me planteaba la cosa en estos términos y solo mucho más tarde pude comprenderlo, mucho más tarde... pero de todos modos estaba persuadido de que había comenzado a comprenderlo desde una edad muy temprana, tanto que hoy lo creo así. Todavía creo que pensamos a partir de lo que escribimos y no al revés.

Louis ARAGON, *Je n'ai jamais appris à écrire ou les « Incipit »*, 1969
(traducción de A. Reale)